



criminal

rocaeditorial



EL BAILE HA TERMINADO

Julián
Ibáñez



● Premio Internacional de Novela Negra
L'H Confidencial 2009

El baile ha terminado



El baile ha terminado

Julián Ibáñez

Rocaeditorial

© Julián Ibáñez, 2009

Primera edición: marzo de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.429-82-0
Depósito legal: M. 6.782-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

El taxista abrió el maletero y sacó la maletita, pero no se la entregó; antes tenía que decirle algo, como invitarla a salir, a pasear o ver una película. Ella se ruborizó, inclinó la cabeza y trató de arrebatársela. El taxista colocó la maletita a su espalda e insistió en su invitación, jugándose su última carta; entonces ella avanzó con decisión y se la arrancó de la mano, mirándole ahora directamente a los ojos con una sonrisa aviesa, dando a entender que era mejor para él que ella no hubiera aceptado su invitación. Se alejó arrastrando la maletita. 7

Busqué un hueco donde aparcar. Su figura se alejaba en el retrovisor exterior, arrastrando la maletita que saltaba sobre las losetas. Su paso no era apresurado, como si no le apeteciera nada subir a un tren. Vi cómo se detenía nada más pisar el *hall*, cómo dudaba, cómo tomaba a su izquierda y desaparecía.

La encontré de nuevo en la cafetería autoservicio. No le había dado tiempo a pasar por taquillas, lo que podía indicar que alguien le había comprado el billete o lo había adquirido por Internet. Estaba sentada a una de las mesas, de espaldas a la puerta, delante tenía una taza de café y sus manos rasgaban el sobre del azúcar. Sólo había media docena de clientes, el mostrador estaba vacío. Se había sentado de medio lado, con las piernas cruzadas, una postura que no encajaba del todo con ella, una desenvoltura que podía ser malinterpretada porque su rostro y su cuerpo conservaban el aire inacabado de la adolescencia.

Vestía un traje sastre de tela fina, verde cacería, un color tampoco demasiado apropiado para ella, aunque a la falda le faltaban tres dedos para llegar a la rodilla, la chaqueta se ceñía a la cintura y las solapas eran picudas, con una camisa rosa pálido con el cuello sobre la chaqueta y sin medias.

No desmerecía de la fotografía: rostro agradable, limpio, relleno, con algunos rasgos de bebé. Cabello corto, rubio natural, impecablemente peinado, sin florituras, sin un solo cabello fuera de la formación; quedaban al aire dos orejitas de mazapán con una perlita en cada lóbulo.

Que hubiera prescindido del coche podía interpretarse como que no le gustaba conducir largas distancias, que para los viajes largos prefería el tren. Su escaso equipaje indicaba que sólo estaría fuera de casa un par de días, o tres. Estábamos a lunes. Tal vez iba a visitar a una amiga, a una tía enferma, o estaba citada en el despacho de un notario para asistir a la lectura de un testamento.

8 De hecho el calor había remitido. Ya no era el bochorno del verano, pero no invitaba todavía a abrir el armario para descolgar la chaqueta. Las terrazas y los bancos de paseos y jardines eran propiedad de los jubilados, casi todos ingleses, descifrando periódicos y revistas entre sorbos de té o cerveza, levantando la mirada cada minuto para informarse sobre la ausencia o presencia de nubes.

Cuando el taxi giró en Maisonnave supe que nos dirigíamos a la estación aunque yo esperaba el aeropuerto. Me sorprendió, pues por alguna razón no imaginaba a una chica como ella viajando en tren.

Compartía piso con otras dos chicas. La veía abrir el portal y salir, veía el parpadeo de las luces del Opel, la veía conducir inclinada hacia delante como si acabara de sacar el carnet, veía cómo el intermitente parpadeaba medio minuto antes de doblar una esquina, o cómo reducía la marcha cuando todavía faltaban cincuenta metros para llegar al semáforo. Aparcaba cerca de la zona reservada a profesores y entraba en la facultad con una carpeta verde de gomas apretada contra el pecho, empuñando tres o cuatro bolígrafos.

La foto había sido sacada con teleobjetivo, algo innecesario. Aquel mismo verano, llevaba puesto un vestido rosa ligero y sonreía sentada sobre la arena de la playa, al atardecer, sola, como si hubiera posado expresamente para nosotros. Sin nada escrito al dorso.

Había nacido en el mes de marzo (el dossier no especificaba el día, seguramente porque habían olvidado ponerlo) de 1988, en Puerto la Cruz, Venezuela, lo que encajaba con la nacionalidad de su madre quien ahora residía en Valencia. El resto del documento tampoco decía demasiado. Su madre conservaba la nacionalidad venezolana, Juana Oti Bedia, cuarenta y tres años, Avenida de la Constitución 6, Valencia, sin especificar si era ama de casa, médium, o cualquier otra profesión. Nada sobre el padre, como si éste no hubiera existido, aunque su primer apellido era Diermissen y su nombre Rafaela. Rafaela Diermissen Oti. Luego, a doble columna, las dos direcciones: Valencia y Alicante. Sin embargo, ninguno de los dos fines de semana había salido de Alicante para visitar a su madre en la cercana Valencia.

9

Vi cómo consultaba el reloj y levantaba la mirada hacia el de la pared para comprobar si las agujas coincidían. Tomó otro sorbo de café, era pronto. Faltaba un minuto para las nueve y media.

Dos mesas más allá, un matrimonio joven, con un niño de dos o tres años adormilado en los brazos de la madre, parecían haber terminado para siempre todos los temas de conversación; no hablaban, no se miraban, no observaban a su alrededor, parecían esperar, resignados, la llegada de un tren tardío ya que no tenían equipaje a la vista. Quizás esperaban a la madre de él, o a la de ella, improbablemente a las dos; permanecían con la mirada en un punto cualquiera como si el tiempo se hubiera detenido. Rafaela miraba de vez en cuando al niño y le sonreía, levemente, como para no despertarle porque tenía los ojos cerrados.

Al fin se levantó, ahora casi con impaciencia, consultó de nuevo su reloj y cotejó la hora con el de pared. Se encaminó a los andenes arrastrando la maletita.

El billete que entregó al empleado del coche cama era la clásica cartulina, no un folio impreso. El empleado le ayudó a subir la maletita. Desde el andén observé cómo seguía al camarero hasta el centro del vagón, cómo el camarero le abría la puerta de una cabina, ella ponía algo en su mano, entraba y el empleado cerraba la puerta.

No me daba tiempo a pasar por el hotel para coger la maleta. Necesitaría el coche. Pero me veía obligado a dejarlo donde lo había aparcado: no podía estar seguro de que su destino fuera Bilbao, o que no se viera con alguien en el tren o que se bajara en cualquier parada técnica en medio de la noche.

No era una fugitiva. Pero podía verse con alguien, hacer o dejar de hacer cualquier cosa, podía enfermar, viajar al extranjero, recluirse para siempre en un convento. Podía verse con su novio, con un amante, con un hermano que dejaba la cárcel después de veinte años, podía citarse a escondidas con un político, con un pez gordo de la banca o la industria.

10 Yo viajaba poco, casi nada, aunque por mi profesión cualquiera pudiera pensar lo contrario. Un par de veces al año me acercaba a pueblos del norte de León y Palencia para atrapar a rufianes que habían olvidado regresar a pegar la oreja al jergón. Abarcábamos buena parte del Norte: Cantabria, Asturias, y el norte de las provincias de Burgos, Palencia y León. No teníamos ninguna relación con Alicante. En ningún caso me habrían dado una explicación; tampoco yo la había pedido. Me daba igual un lugar u otro, por la misma razón que tampoco esperaba con impaciencia la carta de jubilación.

Subí al tren. Me ubiqué en una ventanilla para vigilar el andén a la espera de que fueran las 22.05, antes de ir en busca del revisor. Cuando al fin arrancamos y alcanzamos la velocidad de cruce, me dirigí a la cabecera del tren. Encontré al revisor en una cabina, de pie, con la gorra bajo el brazo y bebiendo agua directamente de una botella. Le mostré el carnet. El tipo se demoró en ponerle el tapón a la botella, ignorando el carnet, porque un tapón bien colocado era más importante que los problemas de un policía. Le pedí que me buscara un lugar donde pasar la noche. Me preguntó si estaba de servicio, toda-

vía sin mirarme, y me vi obligado a decirle que sí. Dejó la botella, se caló la gorra y salió de la cabina sin pedirme que lo siguiera. Avanzamos un par de vagones hasta encontrar a otro revisor en uno de los vagones literas, un tipo larguirucho peleando todavía con un díscolo acné. Mi revisor le dijo algo al cuello, el joven volvió la mirada hacia mí y contempló un carcomido poste de teléfonos con los cables desprendidos. El primer revisor cruzó de nuevo a mi lado rozándome, pero todavía sin verme, y desapareció. El larguirucho recorrió unos metros de pasillo, describió la puerta de un compartimiento y me indicó con la cabeza una de las literas.

El compartimiento estaba vacío, las mantas estaban dobladas sobre las cuatro literas. El tren iba medio vacío, nos encontrábamos en octubre y los jubilados se desplazaban hacia el Sur, no en sentido contrario. Hice un pequeño movimiento de cabeza dándole las gracias. Se limitó a alejarse vagón adelante como si estuviera impaciente por tumbarse en su propia litera.

*P*asaban veinte minutos de las siete. Repuntaba un sol blando y perezoso.

12 No había dormido, pero tampoco lo había intentado, había ocupado la litera un par de veces para permanecer tumbado unos cuarenta minutos en total, lo justo para quitarme y ponerme los zapatos. No había podido evitar que la chica me viera. Había sido en el bar, a eso de las once. Creí que se habría acostado y había decidido tomar un bocado antes de que cerraran la cafetería. Estaba engullendo un sándwich cuando apareció en la puerta. Se situó en el otro extremo de la barra aunque éramos los únicos clientes. Me pareció que no había reparado en mí, sólo era un pasajero más tomando una cerveza. Ella pidió un vaso de leche templada, su vaso de leche antes de meterse en la cama. Podía haberlo previsto. Su mirada no se detuvo en mí ni una sola vez: un tipo maduro, de unos cuarenta y cinco, no del todo mal parecido, pero de los que usan mocasines para no tener que abrocharse los zapatos. Otra chica habría pensado que pertenecía a esa clase de tipos de usar y tirar, o de sólo tirar, pero me pareció que ella no había pensado en nada, yo sólo era una sombra deslizándose por su retina sin dejar huella.

Fui el primer pasajero que pisó el andén. Me apresuré hacia la escalera mecánica. Sentí la humedad tibia del Norte echando ya de menos la luz blanca de Alicante. En el *hall* compré un periódico y me senté en uno de los bancos de listones. Había

cierto ajeteo, los trenes llegaban y partían, era un movimiento coordinado, todo el mundo sabía dónde debía dirigirse a aquella hora tan temprana. Olía a humedad y a gasoil mal quemado.

La chica fue uno de los últimos pasajeros en aparecer en la escalera mecánica, arrastrando su maletita. Su rostro se mostraba fresco y relajado, con aspecto de haber dormido toda la noche acunada por el traqueteo del tren; ningún cabello escapaba de la formación. De nuevo me pareció demasiado seria y madura para sus veinte años. Contemplé cómo se detenía durante unos segundos en el centro del hall estudiando los rótulos de la media docena de puertas y cómo luego se encaminaba con decisión hacia la de salida. Le tocó esperar un par de minutos en la cola de taxis. El taxista metió la maletita en el maletero mientras ella subía al asiento posterior del coche. Memoriqué la matrícula y me metí en el último taxi de la cola mostrándole al tipo el carnet mientras le ordenaba que siguiera al taxi que se alejaba buscando la salida de la estación.

El seguimiento duró sólo un minuto, el hotel tenía el nombre de la estación, Abando, y se encontraba a la vuelta de la esquina, algo que ella sin duda desconocía, lo que daba a entender que era la primera vez que venía a Bilbao. Vi cómo el taxista le entregaba la maletita, cómo sacaba una billetera del bolsillo trasero del pantalón, buscaba una tarjeta y se la entregaba. Se despidieron intercambiando sonrisas.

Despedí el taxi, saqué el móvil y marqué el número memorizado. Un par de segundos y tuve a la Voz al otro lado. Era una voz de hombre, o al menos lo parecía —tal vez no tenía sexo— de tono neutro, la de alguien que nunca dormía, que permanecía perpetuamente junto al teléfono con todas las preguntas y respuestas grabadas en su cerebro de plástico. Recité mi informe y llegaron las preguntas de rigor, en aquel tono difunto: si el sujeto se había visto con alguien, si el sujeto había hablado con el personal de servicio, si el sujeto había efectuado alguna llamada telefónica, si el sujeto había bajado del tren durante el trayecto, si el sujeto había ido a la cafetería del tren (le dije que sí, pero me guardé que se había encontrado allí conmigo), si el

sujeto había pedido alguna consumición al camarero de cabina... Demasiadas preguntas irrelevantes para un asunto al que se esforzaban en no concederle importancia. Y después de mis respuestas monosílabas las consignas rutinarias: que no hiciera nada, que no tomara iniciativas, que no hablara con ella aunque fuera accidentalmente, que no le quitara la vista de encima, que me hiciera invisible y, ahora, por primera vez, que ellos me llamarían. Y mi única pregunta, de parvulario, que detrás de quién andábamos y por qué razón, y, como respuesta, el zumbido porque hacía ya días que habían colgado.

Tomé una habitación en el mismo hotel Abando. No me identifiqué como policía. En la casilla del carnet de identidad sólo ponía funcionario; no di ninguna explicación sobre mi falta de equipaje. Salí a la calle, busqué una droguería y compré algunos artilugios de aseo. Ella no dejaría el hotel de inmediato, se ducharía y se arreglaría, quizás se echara un poco.

14 Me duché y me afeité, luego bajé al recibidor, cogí un periódico y ocupé uno de los sillones en un rincón discreto alejado de recepción. Ella saldría a estirar las piernas, a echarle un primer vistazo a una ciudad donde al parecer nunca había estado, quizás a visitar a alguien o hacer el encargo para el que se había trasladado hasta allí.

Más o menos una hora y media después y la puerta del ascensor se abrió apareciendo ella. Se había puesto vaqueros y un jersey fino de color malva. Esperé a que saliera a la calle, me levanté y salí yo también.

Estaba un poco rellenita pero no exhibía un gran trasero; en realidad estaba muy bien: un par de años y su cuerpo se estilizaría, siempre que se pusiera sobre la báscula todos los días, si continuaba haciendo deporte y si su plato preferido era una gran ensalada. Me pareció que no perdía mucho tiempo estudiándose en el espejo.

No se mostraba nerviosa, ni acelerada, ni siquiera curiosa. Incluso podía parecer que lo único que había pretendido era alejarse de Alicante sin importarle el lugar de destino. No se encontraba allí para ver a un familiar, o una amiga, porque entonces la habrían venido a esperar a la estación y no se habría

alojado en un hotel. Quizás pensaba verse con alguien que venía de paso y tenía habitación reservada en el mismo hotel, alguien que todavía no había llegado pero que no tardaría en hacerlo. Quizás era la amante adolescente de un pez gordo. ¿Por qué Bilbao? Podía tratarse de un encargo, un pequeño negocio, cierta información, una entrevista de trabajo, o de negocios, o había venido a comprar algo especial que no había en Alicante pero sí en Bilbao. Podía ser cualquier cosa.

Nada de visitas, de entrevistas, o de dirigirse a las oficinas de una empresa para una transacción. Se dedicó a pasear sin rumbo. Contrastaba su caminar errático con el ajetreo decidido de peatones y coches, deteniéndose delante de los escaparates, como si hubiera viajado toda la noche para redactar un informe sobre los escaparates de Bilbao.

El disco lánguido del sol había desaparecido detrás de un cielo encapotado, pero no llovía. La temperatura era agradable, casi sobraba el jersey. La gente se movía apresurada, algunos todavía camino del trabajo, otros buscando trabajo; no se veían niños, ocupaban ya sus pupitres recitando la lección del día; algún ama de casa se apresuraba arrastrando el carrito para conseguir un buen puesto en la primera cola del día.

15

Demasiados escaparates, a veces en tiendas sin interés que no podían llamar la atención de una chica de veinte años: de bicicletas, la boutique de las bolsas de papel, una inmobiliaria...

La pista parecía buena. Una chica que viaja toda la noche para dedicarse a ver escaparates. Aquel viaje sólo podía estar relacionado con otra persona, alguien de interés para el Grupo, un novio tal vez, aunque no la había visto salir con ningún chico. Podía tratarse de alguien que no debía dejarse ver, pero no parecía una chica que se relacionara con rufianes reclamados por un juzgado.

Entró en un par de tiendas, una zapatería y una librería. La esperé en la calle. Cuando salió, apenas unos cinco minutos después, no llevaba nada en las manos. Su equipaje era modesto, sólo la maletita, lo que indicaba que no pensaba permanecer en Bilbao mucho tiempo, un par de días tal vez, algo que

yo ya había pensado, porque no parecía que necesitara comprar nada de ropa.

Recorrió otro par de calles y esta vez le tocó el turno a los almacenes de El Corte Inglés. Esperé medio minuto y entré yo también. Había ya cierto movimiento de clientes en el laberinto de expositores, allí resultaba fácil perderla. Además, los grandes almacenes disponían de varias salidas.

Tampoco compró nada esta vez, se limitó a recorrer, despacio, con languidez, las secciones de perfumería y papelería de la planta baja. Pereció interesada en cartuchos para impresora, al menos se demoró en consultar los precios. Luego salió por la puerta principal por la que había entrado.

Otro par de calles y le tocó el turno a otros almacenes, Bazar Kabi. Y lo mismo: deambuló entre los expositores de la planta baja, ignorando las escaleras mecánicas, demorándose en las secciones de discos y regalos. No le interesaban las otras plantas, sólo le interesaba la planta baja. Sin apresurarse, sin abandonar su caminar cansino. Salió de nuevo a la calle, pero esta vez lo hizo por una de las salidas laterales que comunicaba con una calle de poco movimiento. Vi cómo tomaba, ahora con decisión, hacia su derecha. Me apresuré a salir por la puerta principal para esperar a que apareciera en la esquina.

16

Cruzamos un puente. La ría marrón claro se deslizaba perezosa hacia el mar. A la salida del puente titubeó un poco, tomó a su derecha y en el primer paso de peatones cruzó la calzada.

Nos internamos en el casco viejo. Era una zona peatonal, de calles estrechas y fachadas oscuras, con un fluido tránsito de peatones. Resultaba difícil hacer un seguimiento por aquellas calles, sobre todo a un objetivo sin rumbo fijo que se detenía delante de todas las pintadas como si estuviera aprendiendo a leer; me veía obligado a seguirla a distancia, inventando pretextos para detenerme pues su caminar continuaba siendo errático y cansino. Si pretendía deshacerse de un seguidor no le costaría hacerlo, si ya había advertido que la seguían.

Recorrimos media docena de calles; luego, en una plazuela, con una fuente y palomas de bronce y de verdad, se sentó en

un banco. Permaneció allí una media hora, con los jubilados y los niños de tres o cuatro años que se esforzaban en aniquilar a las palomas. No volvió la cabeza ni una sola vez, se dedicó a contemplar la degollina, pero indiferente, soñando despierta tal vez. Se levantó, deambuló otro poco y entró en un restaurante, el Txiler. Eran las 13.09.

Ocupé una banqueta en el extremo del mostrador más cercano a la puerta. A través de una luna y como a unos treinta metros tenía la puerta del Txiler. Seguramente el restaurante tenía otra salida, de servicio a otra calle; si ella la utilizaba, la perdería, pero daría de nuevo con ella en el hotel.

No podía hacer otra cosa, ellos lo tenían que saber, no podía ser su sombra las veinticuatro horas del día, no me habían ofrecido ayuda, algo que no tenía sentido si la chica les interesaba lo suficiente como para trasladar a un agente primero a Alicante y luego a Bilbao, con una cuenta de gastos abierta.

Eran las 13.58 cuando salió del restaurante. Había permanecido en el interior cincuenta minutos. Esta vez, caminando a buen paso y sin desviarnos de la ruta, cruzamos la ría y regresamos al hotel.

Llevaba allí desde las cuatro, es decir, casi dos horas. Tenía extendido sobre la mesa baja el mapa de Bilbao y alrededores y apuntaba datos en uno de los folios. Había interrumpido la vigilancia durante media hora para salir del hotel a comprar una bolsa de viaje, algo de ropa, un mapa, una carpeta y un paquete de folios. En recepción me habían dado la dirección donde tenía que recoger el coche que había alquilado. Rafaela debía de seguir durmiendo, si era que estaba durmiendo y no viendo la televisión o leyendo un libro. Su aspecto al bajar del tren podía haber sido engañoso, quizás no había pegado ojo en toda la noche pensando en la persona con la que se iba a entrevistar o el negocio que tenía que resolver. Pero era demasiado joven para pasarse el resto de la tarde encerrada en una habitación. Continuaba sin llover, el crepúsculo invitaba a pasear por las calles repletas de peatones, rotas las filas.

De momento me encontraba concentrado en un trabajo que a cualquier observador superficial podía parecerle importante: estudiaba rutas en el mapa apuntando datos como si fuera un comercial viendo esfumarse su prima de fin de año.

No hacía nada diferente a lo que había estado haciendo en Alicante aquellos últimos quince días. Seguir la durante dos o tres horas para, a última hora del día, marcar un número, grabar mi informe vacío en una cinta y responder a las preguntas rutinarias de la Voz. El seguimiento resultaba ahora más sencillo, la chica no parecía tener ningún lugar adonde ir, ni nada

que hacer, sólo pasear, contemplar escaparates y echarse una larga siesta. Debía de tratarse de alguien especial, no podía ser otra la razón de su viaje a Bilbao. Seguramente la cita era en aquel mismo hotel, alguien que llegaría en avión, o en tren, o conduciendo un coche.

Levanté la cabeza. Delante de mí, al otro lado de la mesa, se habían detenido dos sujetos. Me contemplaban, ni sonrientes ni ceñudos. Eran policías. Lo supe por la forma severa de mirarme manteniendo una actitud de autocontrol, la que se aprende en el manual, ertzainas (o amapolas, como los de la Nacional les llamaban allí), lo sabía ya antes de que uno de ellos me mostrara el carnet abierto a la altura de su cintura, como si se lo mostrara a un indigente antes de invitarle a trasladarse al refugio municipal. No dije nada, no me moví, esperando allí sentado la llegada del mejor abogado de la ciudad para que hablara por mí.

Eran jóvenes, ninguno de los dos llegaría a los treinta, de físico galgano y tez transparente los dos, con los pómulos sonrosados. Uno de ellos vestía una cazadora corriente de tono arena y pantalones grises. El otro llevaba puesta una chaqueta blazer y corbata perla, como si fuera un secretario de la embajada al otro lado de la calle. El carnet permaneció delante de mis ojos más tiempo de lo normal, como si la mirada que me estaba echando su propietario fuera precisamente la pregunta que me iba a hacer. Me eché hacia atrás en el sillón, saqué la cartera y les mostré mi carnet sin alargar la mano. Era mi respuesta, para que supieran que se dirigían a otro policía y despejaran el campo.

—¿Está alojado en este hotel? —me preguntó el de la chaqueta blazer mientras el otro guardaba el carnet. No habían mirado el mío, ya sabían que era policía y, también, seguramente, del GLE. Sabían que me alojaba en el hotel y la fecha y la hora que me había registrado. Sabían el día de mi cumpleaños. También que era uno de esos fulanos que utilizan mocasines para no tener que abrocharse los zapatos.

Desvié la mirada hacia el mostrador de recepción. Un cliente que lleva dos horas sentado en un sillón apuntando da-

tos de un mapa era allí, sin lugar a duda, una escena de todos los días. El recepcionista no miraba hacia nosotros, martilleaba con dos dedos en el teclado del ordenador. No me encajaba tener a aquellos dos ertzainas delante de mí, interpelándome, no existía ninguna razón para ello. Además, por el tono que habían empleado, me pareció que no había sido una pregunta amistosa, de policía a policía, que no les importaba que sonara como una pregunta autoritaria, o idiota. Habían empleado el tono que se emplea con un tipo reclamado por cinco juzgados que juega su última carta pretendiendo pasar por comercial de electrodomésticos.

—Sí.

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿Dónde?

—En Bilbao —incluso habían endurecido el tono, como si buscaran la revancha de una pelea.

20 Arrojé el bolígrafo sobre el folio y me eché hacia atrás hasta que mi espalda se apoyó en el respaldo del sillón. Estudié el rostro todavía tierno de los dos ertzainas. Su pregunta iba más allá de la línea invisible que separa la rutina de la provocación. No sabía si tenían derecho a hacérmela, desconocía la legislación al respecto.

—Estoy con un seguimiento.

Había optado por la vía diplomática, pensando en las preguntas de la Voz cuando marcara el número memorizado, también porque aquellas debían ser las palabras mágicas que les hiciera ver que nos encontrábamos en el mismo bando, el de los buenos. Su pregunta ahora debía ser que a quién seguía y por qué, pero lo que escuché fue lo que menos esperaba:

—Tiene que acompañarnos.

Para eso se encontraban allí, para llevarme con ellos, era la orden que habían recibido, cogirme cada uno de un brazo y llevarme en volandas a un furgón para arrojarme a una mazmorra. Un carnet y revelarles que estaba haciendo un seguimiento no era suficiente para ellos. Yo debía significar algo especial, algo que no parecía bueno.

El tipo de recepción había dejado de teclear y estudiaba la

pantalla del ordenador, un poco inclinado hacia delante como si las letras se estuvieran desvaneciendo.

No comprendía. Me había duchado, afeitado y peinado. Mi traje estaría algo arrugado pero eso no era motivo para llevarme con ellos. Por el tono que había empleado podía deducir que no tenía más alternativa que acompañarles, yo allí no tenía ninguna jurisdicción, mi carnet no significaba nada para ellos. Guardé los folios en la carpeta, recogí el mapa y me levanté.

Me metieron en el asiento posterior de un Audi sin identificación, cruzamos la ría y tomamos hacia la izquierda, en dirección donde debía encontrarse el mar.

Conocía poco Bilbao, había recorrido sus calles un par de veces, por asuntos de trabajo, sólo durante tres o cuatro días y de ello hacía seis o siete años. Tenía idea de que por aquella zona se encontraba la universidad y que la vieja zona industrial se encontraba enfrente, al otro lado de la ría.

Unos minutos y nos detuvimos delante de la puerta de lo que sin duda era una comisaría, o un cuartel, o la central de la Ertzaintza en Bilbao.

Era un edificio de tres plantas, no demasiado antiguo, de paredes grises, sin adornos y con ventanas de tamaño regular. Tres o cuatro banderas ondeaban sin entusiasmo sobre la puerta.

Recorrimos veinte metros de un pasillo de paredes encaladas y suelo de parqué sin encerar, con puertas a ambos lados, de tablero liso y sin rótulos. Abrieron una de aquellas puertas, me hicieron pasar y cerraron a mi espalda sin darme ninguna explicación.

Era una habitación de unos quince metros cuadrados, sin ventanas y con el mismo parqué del pasillo. Tampoco había una mesa ni un armario o un archivador, sólo un par de sillas metálicas y una mesita baja de madera, cuadrada, con dos ceniceros, con una colilla con filtro en cada uno de ellos como colocadas allí por un decorador.

Durante un par de minutos me dediqué a pasear de pared a pared, luego me senté. Unos veinte minutos más y la puerta se abrió apareciendo un ertzaina, uniformado, de mediana edad

pero con todo el cabello blanco que me pidió, como disculpándose, que le acompañara.

Recorrimos otro par de pasillos hasta lo que parecía ser la sala general. Se encontraba demasiado alejada de la puerta por la que habíamos entrado por lo que deduje que no lo habíamos hecho por la puerta principal, a pesar de las banderas. Efectivamente, al final del pasillo, en una especie de recibidor, había una puerta grande de cristal que daba a lo que parecía ser una plaza.

En la sala general había unas diez o doce mesas grises de despacho, cada una con su correspondiente ordenador, sillón, papeles y ertzaina de uniforme. Dos eran mujeres, con el cabello rubio teñido recogido en cola de caballo. Nadie nos miró, como si pasáramos por allí todas las tardes a la misma hora desde la inauguración de la comisaría. Mi guía abrió para mí la puerta de aluminio y cristal de una de las garitas que había alrededor de la sala y me cedió el paso.

22 No era un cubículo demasiado grande para ser el despacho del jefe, o del subjefe, no sabía con quién me las iba a ver, pero estaba bien iluminado por la luz crepuscular que entraba por un gran ventanal desde el que se divisaba un trozo de ría a unos cien metros de distancia. Delante de mí tenía una mesa de despacho que casi alcanzaba de pared a pared, llena de cartapacios entre los que se hacían hueco un teléfono y un par de brazos como jamones. El ordenador estaba sobre una mesita en un rincón.

Le calculé unos cincuenta años, iba de paisano, en camisa gris de manga corta y se encontraba sentado al otro lado de la mesa. Era moreno, fuerte, casi rudo, y mostraba una buena calva tostada. No hacía nada, no estudiaba ningún papel, no hablaba por teléfono, sus dedos no escarbaban en el bolsillo de la camisa buscando un palillo, parecía estar allí sentado desde hacía un par de días esperando mi llegada. Miraba mi rostro, no estudiándome pero tampoco tratando de intimidarme. Yo debía ser el primer gran problema que entraba en su garita aquella semana.

—¿De la familia, entonces? ¿Madrid? —fueron las prime-

ras palabras que me dirigió, sin enarcar las cejas, sin ofrecerme la mano, sin invitarme a tomar asiento, aunque había cuatro sillas de tubo en el despacho. «De la familia», había sonado como una coletilla que tenía preparada para soltarla cuando entrara en su garita alguien como yo. Claro, se refería a nuestra condición de policías. Estuve tentado de coger una silla, sentarme delante de la mesa, cruzar las piernas, responderle «sí» e invitarle a abrir la caja de puros.

El caso era que su tono no iba cargado de ironía dura, todo lo contrario: me pareció que había pretendido ser amistoso, «familiar», nada convencional, aunque no venía acompañado de la correspondiente sonrisa, o de la relajación de los músculos de su poderoso torso, como si estuviera representando torpemente un papel, una lección del manual mal aprendida.

—GLF —le contesté.

Cabeceó afirmativo, levemente.

—Fugitivos. ¿Y qué le ha traído a Bilbao? Mejor dicho: ¿Quién? ¿Un asunto oficial? ¿Algo importante? ¿O está haciendo turismo? ¿Solo?

23

Tres o cuatro preguntas retóricas e inútiles. Él sabía todo sobre mí, o casi todo. Me trataba de usted, como si de verdad yo fuera un turista extraviado que había entrado en la comisaría para preguntar el camino de regreso al hotel. Sus brazos continuaban sobre la mesa, con el tronco bien recto sin que su espalda tocara el respaldo del sillón. El tono de su voz no acababa de encajar con aquella postura, o con la severidad de su expresión; era casi zalamero, como si el trato personal fuera la única asignatura que había suspendido y aquella fuera su última oportunidad.

—Oficial. Es un asunto oficial. Estoy destinado en Gijón. Grupo décimo. Llevo quince días en Alicante con un seguimiento —me escuchaba con atención, sin dejar de mirarme, pero era una atención forzada, como si se hubiera propuesto memorizar mis palabras—. Anoche, inesperadamente, el sujeto viajó hasta aquí. Se aloja en el Abando. De momento lo único que ha hecho ha sido pasear. Es todo de lo que me está permitido informarle.

Le había informado sobre lo único que yo sabía, pero no se lo iba a dejar ver, me reservaba una zona de misterio también vacía para mí. Además, me tenía desconcertado, no sabía si su carácter auténtico encajaba con el tono suave de su voz o con su expresión severa, o con ninguno de las dos.

Me estaba preguntando ya cómo me habían localizado, cómo habían sabido que yo era policía antes de mostrarles el carnet. Podían haber recibido una llamada de la gente del hotel, sin que resultara fácil comprender la razón de esa llamada, a no ser que fuera preceptiva, que los recepcionistas tuvieran orden de comunicarles que un policía de la nacional o un guardia civil habían puesto el carnet sobre el mostrador. Algo que yo no había hecho.

Continuaba acaparando su mirada. No era escrutadora, podía tomarla como amistosa, la mirada de un amigo que no sonreía nunca, la mirada vacía de un tipo bien vivo.

—Aquí no tienen ustedes comisaría, no la tienen en toda Vizcaya, pero sí tienen Guardia Civil —miró hacia el ventanal, como si esto fuera incomprensible para él—. ¿Se ha puesto en contacto con ellos? Tienen la comandancia en el puerto, Aduanas y Extranjería. En el Reina Victoria, que es el nombre del muelle. Supongo que tendrá que hacerlo. ¿Lo ha hecho ya?

—Todavía no.

—Necesitará ayuda para su seguimiento. Cuento con nosotros. ¿Usted solo? No le resultará fácil. Le echaremos una mano. Aquí la colaboración es recíproca. Nos necesitamos. Acabamos de tener un caso parecido, en La Rioja. La policía nos facilitó cinco agentes, la Nacional, como dicen ustedes. Es una norma no escrita entre nosotros, pero necesaria. ¿Lo sabía?

—No.

—Pues así trabajamos aquí.

Nada de pedirme más datos del seguimiento, a quién seguía y por qué, nada de que llamara a Madrid, o el número para verificarlo, aceptando lo que le decía como si mis palabras fueran las de un arcángel.

—De momento me arreglo solo. No han surgido complica-

ciones. Es un asunto menor. Le agradezco su ofrecimiento. Si hay alguna complicación me pondré en contacto con ustedes.

—¿Menor? ¿Quince días y ha viajado toda la noche hasta aquí? —ahora si se echó hacia atrás en el sillón como si hubiera terminado el primer asalto. «Toda la noche», sonaba como si conocieran mi viaje ya antes de llegar, como si hubieran ido a recibirme a la estación. Había aparecido un brillo nuevo en su mirada, algo más duro—. No vamos a esperar a que aparezcan esas complicaciones, siempre resultará mejor prevenirlas. Tenemos personal suficiente. Le adjudicaremos dos ertzainas —el tono de su voz era de imposición—. No son agentes con demasiada experiencia, pero si sólo se trata de un seguimiento sabrán hacerlo. Estarán a sus órdenes, pero si tiene cualquier problema con ellos recurra a mí. Y manténgame informado, usted personalmente.

Y llegó la sonrisa, al fin, como si la hubiera estado reteniendo todo aquel tiempo, o buscándola por todos los bolsillos porque era la única sonrisa que le quedaba. Lo de los dos ertzainas era una caja de colores con lazo y con una orden en el interior.

25

Dos ertzainas para que me vigilaran, para tenerme bajo control, para dejar bien claro que me movía en su territorio y que no me permitían dar un solo paso sin que ellos estuvieran informados. Lo cierto era que yo prefería el giro que había dado la conversación: su melosidad inicial me había desconcertado.

—Me vendrán muy bien. Se lo agradezco. Si hay complicaciones estaremos preparados. Nos necesitamos.

Estuve por guiñarle un ojo. No me atrevía a rechazar su oferta aunque fuera una exigencia, o precisamente por ello. Había empleado un tono de voz sentencioso, evitando cualquier sarcasmo.

Lo cierto era que necesitaba que me echaran una mano. Yo solo no podía seguir a la chica las veinticuatro horas del día. Si había venido a Bilbao a encontrarse con alguien podía citarse con una multitud sin que yo me enterara. Por eso no acababa de comprender mi situación, la razón de que el Grupo me hu-

biera ordenado viajar a Bilbao, como si la chica fuera un objetivo importante, pero sin ofrecerme apoyo.

Se llamaban Beñat y Ederne. Ella estaba bien, tirando a menuda, rubia teñida, con un fino aro de casada en el anular izquierdo. Le calculé un par de años o tres por encima de los treinta. Él era un tipo robusto, de un metro ochenta y cinco y con una gran quijada; su aire era de primero de la clase obsesionado con tener limpio el encerado antes de que llegara el profesor. No le caí bien, lo advertí al instante. Tampoco hizo nada para disimularlo. Quizás fue el pequeño detalle de que ignorara mi mano, o que me dedicara un par de palabras en euskera, o puede que no le gustara el trabajo que le habían ordenado hacer. Pero él todavía no podía saber de qué trabajo se trataba, a no ser que ya se lo hubieran dicho antes de aparecer yo en la comisaría.

Salimos de la garita.

—¿Ederne? ¿Golondrina?

—No. Hermosa.

26 Y me obsequió una sonrisa amplia y relajada. Miré sobre el hombro y vi cómo Beñat, todavía en la garita, cerraba la puerta a nuestra espalda, se acercaba a la mesa del comisario y se dirigía a él excitado, seguramente para decirle que no quería aquel trabajo, o trabajar a mis órdenes. Ederne también se había detenido y miraba hacia allí algo tensa. El comisario escuchó a Beñat moviendo papeles, luego le clavó la mirada y me pareció que le dedicaba una réplica corta y dura. No logré oír las palabras ni el tono, pero estaba seguro de que el tono azucarado que había empleado conmigo lo había arrojado por la ventana.

Me tocó ir en el coche de Ederne, un Mégane, en el asiento del copiloto. Beñat nos seguía en su Clio azul oscuro, yo me había limitado a decirle que nos siguiera. Cruzamos la ría y le indiqué a Ederne que girara hacia la derecha. No hablábamos, aunque la chica exhibía ese cuarto de sonrisa a la espera de escuchar algo agradable para replicar en el mismo tono. Era guapa. Guapa era la palabra. Ni bella ni bonita, guapa encajaba con sus facciones armoniosas, nada en ellas fuera de lugar, pero sin alcanzar esa armonía perfecta que hace a un rostro excep-

cional. No iba maquillada, todavía no lo necesitaba, quizás dentro de diez años se decidiera a abrir la caja de polvos.

—¿Tienes hijos? —le pregunté.

—Sí. Uno. ¿Y tú?

—No estoy casado.

Y aquello fue todo, no hablamos más. Un par de minutos y aparcamos en la plaza donde desembocaba Colón de Larrea-tegi, la calle del hotel Abando. Salimos de los coches y miramos hacia el hotel. Los ertzainas lo conocían, los dos eran de Bilbao. Saqué la foto de Rafaela y se la mostré.

—Sólo vigiladla. Veinte años, estudiante, buena chica, con coche pero no lo ha traído, ha viajado en tren. Tiene dinero así que puede alquilar uno pero todavía no lo ha hecho, se mueve en taxis y a pie, no en transporte público, de momento. Estudia en Alicante y ha llegado esta mañana, y yo con ella. Equipaje para un par de días. Ha estado de compras pero no ha comprado nada. Se ha pateado media ciudad. Entradas y salidas del hotel, taxis, adónde va, dónde entra, de dónde sale y con quién se ve, esto es lo más importante. Sólo eso: mirar y retener. Tres turnos de cinco horas, sólo de día. Correremos el riesgo de que salga de noche, pero no creo que lo haga.

27

No les expliqué por qué creía que no lo haría. Como si en mi maleta tuviera un dossier de doscientos folios y sólo les estuviera facilitando los datos más importantes.

—¿Sólo eso?

El tono de Beñat había sido cortante, provocador, como si estuviera muy sobrado y lo que yo les proponía fuera un juego de niños. Pertenecía a la clase de policías que por la noche soñaban con encontrarse al entrar en el banco con cinco atracadores y que él los reducía sólo con el tono bronco de su voz, o que recibía una medalla por sacar de una casa en llamas a una chica en camisón.

No me había mirado para dirigirse a mí, y tampoco miraba hacia el hotel; miraba al frente, tenso y enfurruñado, como si fuera un general degradado a cabo.

—Sólo eso.

—¿Quién es esa chica? ¿Qué ha hecho? —intervino

Ederne, en tono conciliador, quitándole la palabra a su compañero. Ignoré sus preguntas.

—Sólo vigiladla. De momento. Hasta las diez, a esa hora está siempre en casa —me dirigí primero a Ederne y luego a Beñat—. El primer turno, a partir de ahora, tú. Mañana, a las siete, entrarás tú. Vamos con los teléfonos.

Nos pasamos los números. Antes de que Beñat preguntara si habíamos terminado les dije que eso era todo. Beñat dio un par de pasos hacia donde había dejado el coche y se detuvo esperando a Ederne, pero la chica se detuvo a su vez esperándome a mí. No debía saber que yo me alojaba en el hotel. Beñat le dijo algo en euskera y ella le respondió en euskera también, pero en un tono cortante. Beñat continuó su camino hacia el coche.

—Supongo que habrá salido. Cenará por ahí. Si no quieres esperarla en el hotel hay un bar casi enfrente, es un buen sitio.

—Lo conozco —me dijo Ederne, sonriendo.

—Yo no. Algo nos darán.

28

El bar se llamaba Martxiarena. Estaba calle arriba, a unos treinta metros del hotel. Estuvimos una media hora ocupando un par de banquetas, cerca de la puerta. Yo daba la espalda a la calle, Ederne de vez en cuando levantaba la mirada sobre mi hombro hacia la puerta del hotel.

Charlamos. No le conté nada sobre mí porque no había nada que contar, sólo algo sobre el trabajo del GLF y sobre Gijón; ella me contó un par de cosas sobre sí misma, su hija tenía cuatro años y su marido era también ertzaina, un jefecillo. Cuando le pregunté por qué se había hecho policía se encogió de hombros con cierta resignación. No logró disimular cierta melancolía en su expresión.

—De alguna forma tenía que ganarme la vida.